

Los islamistas marroquíes: ¿contracorriente?

Anouar Boukhars

»» EAl igual que sus homólogos islamistas en Egipto y Túnez, el Partido marroquí de la Justicia y el Desarrollo (PJD) logró aprovechar la oleada de protestas populares a lo largo de 2011 para convertirse en el partido mayoritario en el parlamento (tras obtener 107 de un total de 395 escaños). El resultado obligó a que el rey Mohammed VI designara en noviembre de 2001 al líder del PJD, Abdelillah Benkirane, como jefe del nuevo Gobierno. Sin embargo, para verano de 2013 la suerte de los islamistas a lo largo de la región parecía haberse acabado. Desde la dramática caída de los Hermanos Musulmanes en Egipto hasta la fractura de sus afiliados en Jordania, junto con la renuncia de los partidos islamistas en los Gobiernos de Libia (el Partido de la Construcción y la Justicia) y Túnez (el movimiento Ennahda) a principios de 2014 (por diversas razones), los islamistas parecen haber perdido el impulso de la primavera árabe. Sólo Benkirane ha logrado mantenerse en el poder tras sobrevivir meses de parálisis política después de la salida del Partido *Istiqlal*, aliado del palacio, de la coalición gubernamental a principios de julio de 2013.

La peculiar realidad política de Marruecos, caracterizada por la debilidad de los partidos políticos alineados con el palacio real, y la fórmula paciente y no amenazadora del PJD para lograr el cambio, hasta ahora han permitido que los islamistas sigan adelante, aunque con cierta dificultad. Existen varios desafíos por delante. La fragilidad del Gobierno de coalición liderado por los islamistas, la ausencia de una fuerte socie-

CLAVES

- A diferencia de sus homólogos en otros países, el Partido islamista marroquí de la Justicia y el Desarrollo (PJD) ha logrado permanecer en el poder, pero el futuro de la política marroquí sigue siendo incierto.
- Atrapado en una larga y agotadora transición hacia la democracia, el PJD no tiene más opción que negociar, hacer concesiones y reasegurar constantemente a la monarquía de que no supone una amenaza para sus intereses.
- Hasta el momento, el partido parece haber logrado mantener su cohesión y ventaja sobre la oposición política, pero aún queda por delante la parte más difícil de la transición democrática.

»»»»» dad civil o sindicatos, así como un contexto regional más bien hostil hacia el cambio democrático complican mucho la tarea del PJD para resistir a las diferentes facciones enraizadas en el palacio y sus círculos políticos y económicos que se niegan a abandonar las prebendas del poder. Hasta ahora, la estrategia del PJD se puede resumir de la siguiente forma: 1) preservar la unidad del partido; 2) empoderar a Benkirane para que asuma el rol de comunicador mediante una estrategia directa y simple para explicar la lucha de su partido contra los enemigos del cambio; 3) intentar emplear algunas reformas estructurales que podrían tener un impacto acumulativo a largo plazo; y 4) intentar mejorar el poder de negociación del partido ante la monarquía mediante la construcción de una relación de mutuo beneficio con el rey.

Las elecciones locales de 2015 servirán para comprobar si la estrategia de Benkirane basada en la paciencia y la comprensión será suficiente para que la clase media urbana se identifique con el PJD, mientras espera los beneficios de las lentas reformas.

LOS DOS PILARES DEL PODER POLÍTICO MARROQUÍ

Tres años después de que las protestas populares desafiaron a un orden político dominado por el palacio, la política en la sombra y una gestión tecnocrática, el futuro de la política marroquí sigue siendo incierto. La élite gobernante marroquí del *Makhzen* (literalmente: el almacén), un poderoso sistema de relaciones sociales donde las relaciones políticas y económicas se entretajan en constelaciones inestables conformadas por facciones informales, continúa usando su poder para eludir la normativa constitucional. Este régimen, firmemente articulado alrededor de su lealtad al monarca, coexiste con las instituciones formales de la democracia. Este entramado de los dos sistemas a veces hace difícil saber dónde termina la legalidad y empieza la subversión de las normas constitucionales. Esta dualidad sirve para explicar muchas de las contradicciones inherentes al sistema político marroquí. Estas contradicciones se han hecho

más pronunciadas desde que el PJD llegó al poder y empezaron las negociaciones por los mejores puestos en la estructura más amplia de poder.

La redistribución del poder tras las reformas constitucionales de julio de 2011 reforzó las instituciones democráticas, pero no logró regular la interacción entre estas instituciones y el pilar paralelo de gobierno en torno al monarca. Ambos pilares del poder tienen su propia lógica de legitimación y adhesión a las reglas constitucionales, pero su interacción sigue siendo irregular y está dominada por prácticas extra-constitucionales y normativas neo-tradicionales. No obstante, ninguno de los dos sistemas puede operar de manera completamente libre o independientemente uno del otro. Incluso la monarquía, presente en ambos pilares y que transgrede con regularidad las prerrogativas de las instituciones democráticas, evita socavar abiertamente las normas constitucionales.

Pero describir la dinámica del régimen político marroquí en términos de blanco o negro impide ver las varias zonas grises en las que se lleva a cabo la política marroquí. No hay duda de que la monarquía y sus socios continúan siendo los actores más importantes en la estructura constitucional post-2011. Importantes líderes del PJD han comentado al autor de este documento que el partido no tiene mucho peso en esa competición entre los dos sistemas. Aún así, no es cierto que el rey sea el único pilar del poder y Benkirane simplemente una “marioneta”.

La llegada de los islamistas al Gobierno ha brindado una oportunidad para comprobar la posible evolución del sistema político marroquí. Aquellos sectores que apuestan por una evolución democrática y que hoy dominan el partido creen que la lucha para limitar las características neo-patrimonialistas de la política marroquí es difícil, aunque viable a largo plazo. El PJD empuja los límites políticos cuando puede y retrocede cuando considera que debe hacerlo. Tal como lo ven los islamistas, el cambio político no puede ser impuesto en contra de un régimen que todavía desconfía de ellos y que tiene la capacidad y la cohesión para minar los esfuerzos reformistas. En

otras palabras, el PJD se encuentra atrapado en una larga y agotadora transición hacia la democracia, sin más opción que negociar, hacer concesiones y reasegurar constantemente a la monarquía de que no supone una amenaza para sus intereses.

LA POLÍTICA DE LA CONFIANZA

Para el PJD, la clave del éxito de la política islamista reside en mantener su integridad política a la vez que construye una relación estable y de cooperación con la monarquía. Desde la independencia país, todas las fuerzas políticas que optaron por la confrontación terminaron perseguidas, desplazadas o contenidas. Además, las tendencias anti-islamistas en la región podrían haber puesto en

peligro la posición del PJD si el partido no hubiera contenido rápidamente el fervor pro-islamista en el verano de 2013 tras el derrocamiento de Mohamed Morsi en Egipto. Al igual que el difícil período transcurrido

Aún queda por delante la parte más difícil de la transición democrática

tras los ataques terroristas en Casablanca en mayo de 2003, los líderes del PJD tuvieron que contener a sus seguidores más jóvenes y extremistas, especialmente en el Movimiento de Unidad y Reforma, el ala *dawa* (proselitista) del partido.

La estrategia del PJD está influida por los efectos acumulativos de la historia y de su propia trayectoria política. La relación de confianza establecida con el rey Hassan en los años ochenta permitió que los islamistas moderados salieran de las sombras. La autolimitación desarrollada a finales de los noventa y durante los años 2000 les permitió operar legalmente y evitar la represión. La confianza fue también el mantra del PJD durante 2011, cuando el partido se mantuvo alejado de las protestas nacionales, que le parecían muy arriesgadas. En el gobierno, el PJD no ha realizado ningún nombramiento controvertido. A diferencia de sus predecesores que llenaron la administración públi-

ca con sus seguidores, el Gobierno de Benkirane, que tenía el derecho de realizar más de 1.000 nombramientos políticos, ha privilegiado hasta ahora a grupos neutrales más que a sus seguidores

El partido da mucha importancia a la buena voluntad. El mejor ejemplo es el de Benkirane, quien nunca pierde la oportunidad de alabar la sabiduría política de la monarquía y su visión estratégica, y cuyas elecciones políticas y prioridades se basan, sobre todo, en su deseo de construir una relación personal con el rey. Esto explica, por ejemplo, sus disculpas públicas al monarca y sus consejeros en el verano de 2012 tras la aparición de un artículo en el periódico *Assabah* que citaba a Benkirane declarando que las líneas de comunicación entre él y los asesores del rey se habían roto. A pesar de haberse sentido afectado por algunas decisiones del rey o criticado por su círculo próximo —como sucedió en agosto de 2013 cuando el monarca culpó al Gobierno pro-islamista por los déficits en el sistema educativo que él mismo había sido incapaz de reformar en las dos décadas anteriores— Benkirane aún prefiere cultivar una reputación de moderado y confiable.

El deseo de Benkirane de evitar conflictos con el régimen no implica que nunca critique a la élite gobernante. Él lucha por mejorar la posición de su partido en el balance de poder mientras desafía a sus detractores. Algunos de los ex primeros ministros del país, como Abderrahmane Youssoufi (1998-2002), tradicional opositor al rey Hassan II, sucumbieron en silencio derribados por los vientos anti-reformistas de la élite del *Makhzen*. Pero Benkirane, por el contrario, a menudo critica a lo que él denomina los “fantasmas” y “cocodrilos” de la invisible pero poderosa fuerza del *Makhzen*. En mayo de 2014, después de que su partido perdiera su escaño en unas elecciones parciales en la ciudad sureña de Sidi Ifni, en las cuales denunció el uso de sobornos y la parcialidad de las autoridades locales, Benkirane dirigió su diatriba contra los canales públicos de televisión y los partidos propalacio *Istiqlal* y el *Parti Authenticité et Modernité* (PAM). Incluso criticó, aunque con cautela, a los servicios de inteligencia del país que lo vigilan a él y a su partido.



»»»»» El problema de Benkirane es que su enfoque sólo puede funcionar si la monarquía empieza a ver beneficios en una cooperación con el PJD, y si la base política del partido y la opinión pública no se cansan de su particular estilo de hacer política. Benkirane y su partido reconocen que las buenas intenciones y la suerte no son suficientes, de ahí el énfasis que ponen en su papel como estabilizadores del sistema y en calmar el fervor popular. Por ejemplo, el PJD se jacta de haber implementado algunas reformas dolorosas en cuanto a los subsidios públicos sin haber provocado disturbios populares como había advertido la oposición.

UN PASO ADELANTE, DOS PASOS ATRÁS

Para lograr una transición pacífica hacia la democracia, es necesario convencer a la monarquía y a los moderados del régimen de que lo mejor para sus intereses será cooperar con los islamistas pragmáticos. Desafortunadamente, en términos generales, el *Makhzen* aún ve al PJD como un agregado temporal a la estabilidad del sistema, cuyas consideraciones no deben tomarse en cuenta. Además, la estrategia del palacio es negarle a Benkirane el derecho a codecidir en los asuntos estratégicos del Estado mientras se le permite tomar decisiones impopulares. En los últimos meses, el rey ha llegado incluso a asumir el rol de opositor al Gobierno de Benkirane, criticando su lentitud e ineficacia en materia de reformas.

Para el PJD será muy difícil crear un sistema de seguridad mutua con la monarquía basado en la confianza. La necesidad de ganarse la confianza de la monarquía es muy importante para poder avanzar con cualquier agenda de reforma, pero también puede incapacitar el trabajo del Gobierno si ello lleva a una cautela excesiva a la hora de ejercer el poder o a una falta de voluntad para tomar iniciativas políticas. Además, la combinación de una oposición obstructiva, la resistencia burocrática, las intrigas de la élite y la hostilidad de los medios de comunicación han debilitado los esfuerzos del partido para dar forma a las políticas públicas y la legislación, y han complicado aún más las cosas para los islamistas.

Estos bloqueos condujeron a varios meses de crisis política en 2013 que resultaron en los cambios en el Gobierno anteriormente mencionados. Los períodos de parálisis política e inercia constitucional socavan las instituciones políticas formales, fortalecen el sistema de poder del *Makhzen* y resaltan las virtudes del gobierno tecnocrático, como ha quedado reflejado en el nuevo gabinete de Benkirane desde 2013. La lógica fundamental detrás del retorno de la élite tecnocrática no es la creación de una síntesis entre los principios de la gestión burocrática y los principios democráticos, como afirma la élite del *Makhzen*, sino una reducción del poder de los islamistas elegidos. Los expertos nombrados para el ministerio de Finanzas y otros puestos estratégicos en el Gobierno responden a la monarquía y ejecutan los dictados del rey. Esto ha debilitado la autoridad del primer ministro sobre una facción importante de su propio gabinete y conlleva muchas incoherencias políticas. Cada vez que el sistema político se paraliza, el monarca recurre a algún tipo de innovación constitucional para continuar con el *show*. Este ha sido un patrón recurrente desde que Mohammed VI ascendió al trono en julio de 1999.

AFERRÁNDOSE AL PODER

Benkirane usa el hecho de que ha logrado permanecer en el poder a pesar de las dificultades para demostrar la capacidad de resistencia del PJD. Hasta el momento, el partido parece haber logrado mantener su cohesión y ventaja sobre la oposición política. La falta de resultados de su Gobierno no ha afectado su índice de aprobación popular, al menos no todavía. Según una encuesta publicada en marzo de 2014 por el periódico liberal marroquí *L'Economiste*, el 58 por ciento de los marroquíes cree que el Gobierno sigue el camino correcto. Asimismo, según la misma encuesta, si se celebraran elecciones este año, el PJD obtendría el 45 por ciento de los votos. Muchos marroquíes, especialmente aquellos pertenecientes a la clase media, todavía parecen respaldar las afirmaciones del PJD de que está haciendo todo lo que puede para acelerar el ca-

mino hacia la reforma. El hecho de que los oficiales islamistas no hayan abusado de sus privilegios y poderes también contribuye a una buena imagen del partido.

La debilidad de la oposición política es otro factor importante. Tanto el partido *Istqlal* (Independencia) como el partido *Union Socialiste des Forces Populaires* (USFP) están liderados por políticos aliados al palacio y mantienen un claro perfil populista demagógico. Su oportunismo político ha decepcionado a la población. Desafortunadamente, las denigrantes prácticas políticas del *Istqlal* y el *USFP* se han extendido a todas las instituciones que representan al pueblo, incluyendo los sindicatos y la sociedad civil, lo que perjudica el proceso de cambio político.

Pocas asociaciones son completamente independientes del Estado o representativas del interés público. La mayoría sigue el mismo patrón antidemocrático de los partidos políticos y no son capaces de movilizar ningún tipo de acción colectiva. En lugar de servir como contrapeso y de actuar como defensores de un gobierno representativo, las organizaciones de la sociedad civil y los sindicatos perpetúan los mismos sistemas informales de patrimonio y clientelismo que regían las relaciones políticas y sociales antes de 2011. Sólo *Adl wal Ihsane*, partido de la oposición ilegalizado pero tolerado, tiene capacidad para movilizarse en las calles. Pero su capacidad para realmente hacer frente al régimen es bastante limitada. Desde la muerte de su líder espiritual, Sheikh Yassine, en diciembre de 2012, el grupo se ha vuelto más reticente, y se ha enfrascado en su tradicional agenda social y en el fortalecimiento de su estructura interna, más que en el activismo popular.

El decepcionante estado de la oposición política y de la sociedad civil fortalece los índices de aprobación del PJD, puesto que no hay una alternativa real al Gobierno actual. Pero la popularidad de los islamistas es más frágil de lo que Benkirane quiere admitir. Un gobierno que opera a cámara lenta y que no es capaz de combatir la corrupción se verá antes o después enfrentado a la decepción de sus votantes. Las recientes críticas por parte del

respetado empresario Karima Tazi sobre la incapacidad del PJD para efectuar cambios políticos reales ha servido para recordar que la paciencia tiene límites. Anteriormente, Tazi había asombrado a los liberales y seculares, entre los cuales se encuentra, al apoyar públicamente al PJD en las elecciones parlamentarias de noviembre de 2011. A menos que los islamistas muestren resultados concretos en la lucha contra la corrupción a la vez que aumentan las libertades, muchas de las personas que votaron al PJD en 2011 perderán por completo el interés por la política. Esto podría llevar al país al contexto de las elecciones de 2007, cuando apenas un 20 por ciento del electorado acudió a las urnas. Como lo ha descrito Taoufik Bouachrine, el editor del influyente diario *Akhbar Al Youm*, tal escenario no le serviría a los intereses de la monarquía en tanto que quedaría peligrosamente expuesta si volviera el impulso democrático revolucionario.

La frustración política y la presión sobre la clase media es una receta para la aparición de problemas políticos. El 8 de mayo, la directora gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), Christine Lagarde, advirtió en Rabat que los “dividendos del crecimiento han ido con demasiada frecuencia a los más ricos, dejando a las mayorías desamparadas. Para ser justos, el Gobierno de Benkirane aumentó los fondos dirigidos a los programas sociales, logró que el poderoso lobby farmacéutico redujera los precios de algunos medicamentos y lanzó una gran iniciativa pública en materia de salud (Medical Assistance Regime –RAMED) dirigida a los más pobres, mientras que, a su vez, reducía los subsidios para el combustible, la electricidad y el agua. También ha restaurado la estabilidad macroeconómica y está recabando apoyos para elevar la edad de jubilación, las contribuciones a los planes de pensión y mejorar la profesionalización y la representatividad de la sociedad civil. Estas son reformas duras que todos los Gobiernos anteriores evitaron. Pero si no fortalece lo que Lagarde denominó “los sectores económicos medios”, creando puestos de trabajo para los jóvenes, mejorando la gobernanza y reduciendo la corrupción, se pondrá en riesgo la estabilidad futura de Marruecos.

»»»»» **CONCLUSIÓN**

El cambio político en Marruecos sigue siendo contradictorio y aún no ha acabado. El PJD se incorporó al proceso de transición determinado a construir la confianza y evitar la confrontación con la monarquía. La buena noticia para los islamistas es que el partido ha conseguido el último objetivo y aún se mantiene en el poder. La mala noticia para la transición democrática es que el PJD ha pasado la mejor parte de su mandato sacudido por presiones internas y choques externos. El año 2013 fue particularmente difícil para los islamistas marroquíes en el Gobierno. La caída de la Hermandad Musulmana en Egipto debilitó al PJD y la salida de un importante socio de la coalición lo desestabilizó durante meses. Incluso Abdelilah Benkirane parecía un boxeador golpeado obligado a defenderse de los golpes que amenazaban con derrumbarle a él y perjudicar al PJD. Así desaparecieron las grandes expectativas de luchar contra la corrupción y hacer valer la nueva constitución, y permanecer en el poder y preservar la unidad del partido se convirtieron en objetivos en sí mismos.

Aún queda por delante la parte más difícil de la transición democrática. Benkirane ha logrado establecer una gran presencia en los medios de comunicación y utilizarlos como púlpito para acallar el ruido y el desorden. Ese afán por dirigir la aten-

ción pública podría llegar a rivalizar la preeminencia de la monarquía en la escena pública. Pero no es suficiente para lograr el cambio político. El partido necesita encontrar puntos comunes con la monarquía sobre asuntos de interés compartido, pero debe tener la valentía para luchar contra la corrupción y promover grandes reformas como las leyes de regionalización, la reforma electoral y el derecho de acceso a la información. Si el estancamiento continúa, el Gobierno de Benkirane podría verse obligado a dimitir y seguir la tendencia de los demás islamistas que han perdido el poder en la región.

Anouar Boukhars es investigador asociado en FRIDE.

Este Policy Brief forma parte del proyecto “Transiciones y geopolítica en el mundo árabe”, liderado por FRIDE y HIVOS. Agradecemos el generoso apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega. Para más información sobre el proyecto, contactar con: Kawa Hassan, Hivos (k.hassan@hivos.nl) o Kristina Kausch, FRIDE (kkausch@fride.org).

**e-mail: fride@fride.org
www.fride.org**
